

Editorial

Desde los comienzos de la primera Revolución Industrial, cada salto en la Evolución Científico-Tecnológica, ha sido acompañado por la promesa de una sociedad más solidaria, transparente, libre, igualitaria y próspera: “hilo eléctrico de la concordia que rodeará el globo y estrechará el mundo” (Victor Hugo 1849); “Film Mágico, mensajero de la educación universal, que acercará a los pueblos del mundo” (Jack London, en las vísperas de la 1era Guerra Mundial); “la planetización de la noosfera” punto omega de la unificación del género humano (el padre Teilhard de Chardin al llegar la 2da Guerra Mundial).

Las alternativas para el intercambio de información y la producción de conocimientos que facilitan en la actualidad las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs.), lejos están de ser la excepción a la regla. Según la Declaración Final de la Cumbre sobre la Sociedad Global de la Información (CMSI) - Ginebra 10 al 12 de Diciembre de 2003-, para el año 2015 el objetivo es contener la “Brecha Digital” conectando a Internet a la totalidad de las escuelas, bibliotecas, hospitales, administraciones públicas de todo el planeta.

Se trata de un objetivo realmente ambicioso si se tiene en cuenta que aún hoy apenas el 3% de la población del globo tiene acceso a una computadora; y los que utilizan Internet son aún menos numerosos. La inmensa mayoría de los habitantes del mundo contemporáneo ignora incluso la existencia de estas nuevas tecnologías, al tiempo que muchos ni siquiera disponen de las conquistas elementales de la Sociedad Industrial: salud, educación, rutas, ferrocarriles, agua potable, electricidad, etc.

En este contexto resulta clave plantearnos interrogantes tales como: ¿Nos dirigimos hacia “sociedades del conocimiento”? ¿Se trata de la generación de la tecnificación de la sociedad o de la promoción de la socialización de las técnicas? ¿Qué vías pueden encontrarse para la apropiación social de las tecnologías? ¿Con qué actores hacerlo? ¿La posibilidad de acceder de lejos a todos los documentos que necesitamos, aumenta nuestras capacidades de aprendizaje o alimenta exponencialmente el riesgo de deshumanización y de ignorancia?.

Tal vez, el espacio informático pueda ser pensado como una ampliación de la “página en blanco” que, según las poéticas de este siglo abisma cada vez que el hombre intenta expresarse en ella. Pero en vez de un vacío de escritura, nos encontramos con el ruido universal y la dispersión infinita de signos y lugares cibernéticos.

Muchos señalan que la incorporación de casi todos los mensajes y la información al flujo telemático es una nueva configuración civilizatoria que puede generar en forma ampliada, la complejidad de impactos que produjeron la alianza entre la escritura, la imprenta y la naciente burguesía en el inicio de la modernidad occidental.

Pero así, como la escritura no solo fue el patrimonio de unos pocos para dominar y esclavizar a muchos, también sirvió para aislar y reestructurar a los componentes de la conversación y el diálogo. La radio, el teléfono y la televisión no han remediado esto, sino que lo han multiplicado y potenciado. Cada vez circula más información y cada vez a más velocidad. Sin embargo hay menos diálogo y conversación. En el siglo de las comunicaciones la gente ha elegido y es elegida por el grito, la incomunicación y el virus de la banalización.

El espacio informático puede ser el lugar y el vehículo de una verdadera conversación universal y de un necesario y creciente diálogo, si la capacidad innovativa de la informática y las telecomunicaciones junto con el desarrollo social apunta a una verdadera interactividad y a un esfuerzo real de compatibilización tecnológica y humana.

De otra manera el espacio informático no sólo será el reino de lo unívoco (como diría Shanon) sino también el silencio anterior a la palabra: el mundo de lo insignificante.

El Director